

nos han matado mas de doscientos hombres, porque todos los dias hemos estado con las manos en la tierra.

—Mucho dinero hebe de tener vuestro capitán, dijo el Zurdo.

—Dile, exclamó Zancudo: otra vez vuestro capitán; nuestro capitán dirá.

—Perdonad, pero es la falta de costumbre.

CAPITULO XIV.

—Pues echad mano á vuestro capitán, dijo Zancudo, que yo ya se os han repañado los casaca, dijo Zancudo, que crece en autoridad respecto al Zurdo, á medida que se acercaba al campamento.

—No volvere á olvidarlo, dijo pacientemente el Zurdo: pues como hacis, nuestro capitán debe ser riquísimo.

—El esclavo Zancudo como que es infante.

DE CÓMO LA MANO DE DIOS DESBARATÓ LOS AMBICIOSOS PROYECTOS DE ZANCUDO.

—No señor.

—De Aragón?

—Jampos, así á guisa de águila se levanta sobre las montañas.

—De Portugal?

—Menos arrogancia y más respeto, dijo Zancudo.

—Pues entonces, ¿de dónde? I. Infante nuestro capitán.

—El lo sabe y á nadie lo dice: á nosotros, para tratarlo con la reverencia debida, nos basta con saber que es infante, y aun-

Zancudo salió de Mayorga, y tomando el camino real, seguido siempre del Zurdo, que llevaba siempre á la grupa á Jussepillo, se puso en muy poco tiempo junto á la aldea de Mandiel, tomando luego por un camino de travesía hácia una eminencia inmediata, en la cual se veia un campamento.

—Mirad, mirad desde aquí, Zurdo, dijo Zancudo señalando aquel campo; mirad si puede haber nada mejor hecho ni mejor ordenado, cava profunda, estacada fuerte, puente levadizo, y mirad luego las barracas, qué bien enfiladas y qué bien distribuidas en cuarteles: ya, ya vereis cuando esteis dentro.

—¿Y cuánta gente sois? dijo el Zurdo.

—Cuando llegamos á Mayorga desde Medina del Campo, éramos trescientos; pero hoy somos quinientos, y cuenta que

nos han matado mas de doscientos hombres, porque todos los dias hemos andado con las manos en la masa.

—Mucho dinero debe de tener vuestro capitán, dijo el Zurdo.

—Dáale, exclamó Zancudo: otra vez vuestro capitán; nuestro capitán direis.

—Perdonad, pero es la falta de costumbre.

—Pues echad memoria, hermano, echad memoria, si no es que ya se os han reblandecido los cascos, dijo Zancudo, que crecía en autoridad respecto al Zurdo, á medida que se acercaba al campamento.

—No volveré á olvidarlo, dijo pacientemente el Zurdo: pues, como decia, nuestro capitán debe ser riquísimo.

—¡Uf! exclamó Zancudo: como que es infante.

—¿Infante de Castilla?

—No señor.

—¿De Aragon?

—Tampoco.

—¿De Portugal?

—Menos.

—Pues entonces, ¿de dónde es infante nuestro capitán?

—Él lo sabe y á nadie lo dice: á nosotros, para tratarle con la reverencia debida, nos basta con saber que es infante, y aunque no lo fuera, bastaría para respetarle con lo que por sí mismo vale; porque mirad, que mozo imberbe como es, que ya le vereis, y hermoso y delicado al parecer como una dama, no hay en la compañía quien en lo bravo le aventaje, á pesar de que en la compañía hay leones. Pero picad, picad, y no os quedeis tan atrás, Zurdo.

—Es que el cuartago está cansado de la jornada y de la doble carga, y no es ya muy mozo.

—Pues poco le falta para descansar, porque ved, ya estamos casi tocando el campo.

II.

En efecto, estaban ya á dos tiros de ballesta del campamento.

Zancudo espoloneó á su caballo, que partió.

El Zurdo quiso que el cuartago partiera del mismo modo, y le arrimó los talones, porque no llevaba espuelas, pero en mal hora, porque el bicho, al hacer un esfuerzo, tropezó y cayó, estropeando á sus dos ginetes.

Zancudo volvió la cara atrás á ver si le seguía el Zurdo, y al ver que este se levantaba apretándose los riñones, haciendo gestos y dando alaridos, y que Jusepillo no se movía, exclamó:

—Cuando me decia yo que os habia de suceder algo antes de llegar á puerto de seguridad, porque venís de mala gana.

Y tras estas palabras se llevó la bocina á los labios y la hizo sonar por tres veces poderosamente, á cuyo sonido se abrió la poterna del campo, se bajó el puente, y acudieron presurosos algunos soldados que habian conocido el toque.

III.

—A ver si me recogeis esos dos atunes, dijo Zancudo cuando hubieron llegado los soldados, y que los curen; pero mantenedlos presos hasta nueva orden mia, que importa que no se vayan: recoged ese rocín y cuidad de él.

Y despues de estas palabras, Zancudo partió al galope, y á poco, arremetia por el puente, entraba en el campo, y no paraba hasta el centro de él, junto á la magnífica tienda de Zayda Fatima.

Una vez allí, desmontó, entregó su caballo á un soldado para que le tuviese, y produjo con su bocina un toque de mando.

Apenas sonó este toque, cuando se notó en el campo un gran movimiento.

Todos los soldados se armaban.

Cuando estuvieron armados los ginetes, fueron á las barracas, donde tenian los caballos, y los ballesteros se formaron en cuatro hileras á un lado del camino, por donde se llegaba desde la poterna á la tienda de Zayda Fatima.

Poco despues, los ginetes formaban al otro lado del camino un escuadron cerrado.

Entonces, Zancudo entró en la tienda, tomó el estandarte que estaba en un astillero, salió, montó á caballo, y se puso entre los ballesteros y los ginetes.

—A Valdemorilla nos vamos, hijos, gritó: allí están con los aragoneses los tres infantes, don Juan, don Pedro y don Alfonso: por apéstados que estén los enemigos, todavía les quedan doscientas buenas lanzas y cuatrocientos ó quinientos buenos ballesteros que ponernos enfrente: con que á ver si nos portamos como quienes somos: yo necesito prender á los infantes para quitar tres formidables enemigos á nuestra buena reina: con que detrás de mí todos, y cuenta con que uno solo vuelva las espaldas al enemigo, porque si de él escapa, no escapa de mí y no os digo más, porque no es necesario decirlo tanto: en marcha, y á Valdemorilla.

Y rompió el primero hácia la poterna.

Tras él siguieron las lanzas, que eran unas doscientas, y tras las lanzas los ballesteros, que llegaban á trescientos.

En el campo no quedó mas que la guarda necesaria.

IV.

—Si prendo á los infantes, iba diciendo para sí Zancudo, hago una hazaña tal, que á la fuerza la reina ha de agradecerme, y lo menos, lo menos que me dá, es una villa, sobre la cual me titulo. ¿Y qué título me pondré yo? ¿Pues cuál ha de

ser, sino conde de los infantes, en conmemoracion de la hazaña? ¿Y qué armas me dará la reina? Pues claró está: un leon de gules rampante, con un infante en cada garra y otro en la boca, y tres coronas de infante en el campo, dos sobre el leon, y otra en la punta del escudo; todo esto sobre campo de plata: pero no puede ser metal sobre metal, y del campo de plata, hay que quitar las coronas de infante; pero le pondremos orla al escudo, y en la orla, sobre azur, que significa lealtad, las tres coronas pasadas por una cadena de oro que dé vuelta al escudo; los lambrequines de oro, azur y gules. Perfectamente: hé aquí á un hombre, á un pobre alférez, á un bachiller que ha ahorcado al derecho canónico y civil, para seguir el derecho militar, convertido dentro de poco en un rico hombre infanzon, si no de natura, de merecimientos: infanzones de natura lo serán mis hijos, que heredarán mi nobleza, porque yo necesito casarme, necesito tener hijos que perpetuen mi título: á mas de eso, que me está haciendo cosquillas, y no me olvido de ella; Cinta, la hermosísima doncella de doña Juana Nuñez de Lara. ¿Si estará enamorada ya? No, no señor, no es como su ama: entiendo yo mucho de mujeres; esa chica no ha querido á nadie todavía, y me miraba con aficion: como que soy yo todo un buen mozo, y me sientan muy bien mis arreos de soldado. ¿Qué! si se iba tras de mí como un perro, allá en el Páramo de la Mudarra: ¿si conoceré yo cuando una mujer se me aficiona? pues señor, Cinta será rica hembra y madre de mis hijos. ¿Qué importa que yo sea hijo de las malvas? en mí empezará mi linaje, y vale mucho mas empezarle que acabarle. ¿Bendita sea la hora, Melchor, en que tú te diste tanta prisa á gastar lo que tu tio te dejó, por que así te has visto soldado, y has entrado en tu elemento!

Y Zancudo, delante de su escuadron, y al paso, para no fatigar á los caballos de una parte, y de otra, porque no se quedasen atrás los ballesteros, siguió con la cabeza inclinada sobre el pecho, y abismado en sus ambiciosas meditaciones.

V.

Sacóle de improviso de su abstraccion clamor de campanas. Eran las del cercano pueblo de Valdemorilla, que doblaban lúgubrementemente, tañendo, no ha muerto, sino á agonía, porque en otros tiempos habia este toque lúgubre de mas, y aún suele usarse en pueblos muy atrasados por tradicion, porque España, dígase lo que se quiera, es el país de las tradiciones.

VI.

—¡Diablo! ¿si en vez de venir á ser esterminadores, vendremos á ser agonizantes? exclamó Zancudo: esto seria un augurio, porque si me encuentro con muertos, ¿cómo diablos voy á llevar á cabo la hazaña que debe darme la infanzonía, y el título y las armas? Vamos, está visto, Dios no quiere que yo posea nada.

A este tiempo vió Zancudo que por el camino avanzaba rápidamente una pequeña nube de polvo.

—¡Calla! dijo, ¿pues aquel es un ginete solo? ¿adónde irá? ¿qué querrá? con atajarle y prenderle, lo sabremos.

Y dió orden á sus soldados, de que cuando llegase el ginete, le cercasen.

No tardó este en llegar, y no fué necesario cercarle, porque en señal de paz, traía el capacete sobre la lanza.

Venia pálido y sudoroso, y mostraba sobre las armas una rica sobrevesta de caballero.

—Tropiezo con lo que buscaba, dijo con marcado acento aragonés.

—¿Y qué buscabais, hidalgo? preguntó Zancudo.

—La compañía franca del caballero del Aguila Roja, y por el estandarte que traeis, alférez, veo que estoy delante de ella.

—¿Y qué quereis de la compañía franca de los Hermanos de la Selva, que así es como se llama? dijo con mucha voz Zancudo, que tenia el defecto de no quitar á lo valiente, lo fanfarron.

—Quiero hablar con su capitan.

—¡Rayos de Dios! exclamó Zancudo; ¿y cómo habeis de hablar á su capitan, si el buen caballero del Aguila Roja está gravemente herido de resultas de la traicion que le armó el infante don Juan, que no le quiere bien?

—¡Maldiga Dios al infante don Juan, exclamó el aragonés, que nos ha abandonado cuando ha visto moribundo á nuestro infante don Pedro!

—¡Cómo! ¿Qué! ¿Se ha ido el infante don Juan? exclamó Zancudo con el acento que puede suponerse en aquel que sabe que le han robado algo.

—Hace ya horas que está hollando con el infante don Alfonso, y con las pocas lanzas y ballesteros útiles que nos quedaban, las tierras del reino de Leon: yo solo me he quedado, y esto por amor á mi amo el infante don Pedro, que viendo ya próxima su muerte, me ha enviado á buscar al caballero del Aguila Roja.

—¿Y para qué quiere vuestro amo á mi capitan?

—No lo sé; pero puesto que vuestro capitan no puede venir á ver á mi amo por encontrarse mal herido, y vos sois su alférez, venid vos.

—Cuenta, hidalgo, con que si lo que decís es un engaño para meternos en una celada, lo vais á pasar muy mal.

—En Valdemorilla no hay mas que enfermos, moribundos y muertos; los otros, nos han abandonado cobardemente; además, yo os juro como cristiano y como caballero, que no os amenaza traicion.

—Pues vamos allá, señor mio, y sea lo que Dios quiera, que siempre tendremos por fiadores nuestras lanzas y nuestras ballestas.

Entonces el caballero aragonés bajó la lanza, quitó de ella su capacete, se lo puso, y colocándose á la derecha de Zancudo,

se rompió la marcha hácia Valdemorilla, que estaba ya muy cerca.

VII.

Era este pueblo entonces mucho mas considerable que ahora.

Estaba murado, con buenas defensas, aunque no tan fuertes como las de Mayorga.

Tenia dentro de sí tres parroquias, un convento de monjas y otro de frailes, y hácia la parte del Norte, un castillejo.

VIII.

Cuando llegaron, Zancudo notó que la puerta estaba franca y sin guardas, echado el puente, levantado el rastrillo, sin un solo ballestero en las almenas.

Sonaba dentro, tañido por las campanas de las parroquias y de los conventos, el tristísimo toque de agonía.

Zancudo no se fió sin embargo.

—Entrad cincuenta, dijo á sus ginetes, colocaos de trecho en trecho hasta que cruceis de parte á parte la villa; si veis la menor señal de algo malo, sonad las bocinas.

—Estamos perdiendo inútilmente un tiempo precioso, dijo el caballero aragonés, mientras los cincuenta primeros hombres del escuadron desfilaban y entraban en la villa.

—A Segura lo llevan preso, dijo Zancudo.

Lo que prueba que este proverbio, que aún dura, se remonta á mas allá del siglo XIII.

—Os ruego que entreis, dijo el aragonés; mi amo agoniza y tenia grande empeño en ver al caballero del Aguila Roja.

—Pues que espere vuestro amo, que yo no espongo imprudentemente á todos estos bravos, envainándolos en una villa en

que se puede tener gente prevenida en las encrucijadas para ahogarlos.

—La villa es pequeña; deben haber llegado ya á su otro extremo vuestros soldados, y no suena ninguna bocina.

—Entrad otros cincuenta, dijo Zancudo, y haced cruz con los que han entrado.

Desfilaron otros cincuenta ginetes.

—Los ciento que quedan y otros cien ballesteros, en escuadroncillos de diez ginetes y diez peones, á tomar las puertas de la villa y á rondar por fuera.

En un momento quedó hecha esta operacion, y solo permanecieron á retaguardia de Zancudo doscientos ballesteros.

—A ver, hijos, les dijo Zancudo, entraos en la villa y reparad por las encrucijadas.

Los doscientos ballesteros entraron, y Zancudo, con su estandarte, se quedó solo con el caballero aragonés.

—Ahora creo que bien podremos entrar, dijo este con impaciencia; tenéis tomada la villa, y no la hubiérais tomado tan fácilmente si nos quedasen de pié un centenar de soldados. ¿Queréis entrar ahora, hidalgo?

—Entremos, dijo Zancudo: y á propósito, ¿cómo os llamais? os lo pregunto no sea que os acometa de repente la peste y os caigais muerto y no sepa yo con quién he hablado.

—Yo soy Pero Coronel, caballero y rico hombre de Aragon.

—Por muchos años, dijo Zancudo, pasando á la sazón bajo la arcada de la puerta.

Apenas habia entrado por las calles le aterró el silencio que las envolvía, turbado solo por el lúgubre son de las campanas.

—Pero señor, ¿se han muerto todos en Valdemorilla? exclamó Zancudo.

—Ya os he dicho que aquí no hay mas que muertos y moribundos.

—¿Y los vecinos?

—Huyeron todos cuando se declaró la peste, llevándose de su hacienda lo que pudieron.

—Y los frailes, ¿se han ido tambien?

—¡Ah! no, esos no; los frailes han sido nuestro único consuelo.

—¿Y por qué enviaban por frailes á Mayorga?

—Porque no bastaba con los que aquí habia.

—¿Y las monjas?

—En su convento orando por nosotros.

—¡Pues! ¡como la reina doña María! exclamó con disgusto Zancudo.

—¡Que la reina ha orado por sus enemigos! exclamó con asombro Coronel.

—En cuanto supo que estabais apestados.

—Y entonces, ¿por qué hablan tan mal de la reina? exclamó con indignacion Coronel.

—Porque los que hablan, ó no la conocen ó son infames.

—¡Milagro de Dios! ¡milagro patente! exclamó el rico hombre aragonés: Dios castiga á los soberbios y á los injustos, y ya no me estraña que mi amo tenga tanto interés en ver al caballero del Aguila Roja antes de morir.

—Milagro parece, en efecto, y milagro lo creo, dijo Zancudo, porque la peste se ha encerrado en vosotros, y de vosotros no ha pasado.

—Tan no ha pasado, que ni uno solo de los religiosos ni de las monjas ni del clero de las parroquias, únicos habitantes de la villa que han permanecido en ella, ha sucumbido.

—¡Jesus! ¡Jesus! exclamó Zancudo, ¡y no escarmentarán los enemigos de doña María!

—Dios la protege visiblemente; pero ved, ya hemos llegado á la plaza donde está la casa en que muere mi pobre amo el infante don Pedro; es aquella grande de piedra que tiene un gran arco en la puerta.

—Pero esa casa está abandonada.

—En ella hay mas de un cadáver y mas de un moribundo.

—Veremos, para afirmarnos mas en lo milagroso de esta peste, si nuestros soldados salen ilesos de la villa, dijo Zancudo mirando los grupos de ginetes y peones de su compañía que acá y allá ocupaban militarmente las avenidas de la plaza.

Hasta llegar á ella habian encontrado en las encrucijadas grupos semejantes.

Coronel arrimó los acicates á su caballo, y atravesó la plaza al galope, seguido de Zancudo.

Cuando hubieron llegado á la casa indicada, el rico hombre dijo:

—Llamad á uno de vuestros soldados para que nos tenga los caballos, que aquí no hay quien los tenga.

Zancudo hizo señal á uno de los grupos mas inmediatos, y algunos soldados se acercaron.

Les entregaron los caballos y entraron en la casa.